

## **“SUEÑOS NAVEGANDO EN EL MAR”**

**Fuensanta Caravaca Hernández**

**CEIP Ramón Gaya. Santomera**

**Cuento finalista II Premio María Guirado de Creación Literaria.**

A Achoura le gusta dibujar con lápices de colores, dibuja un inmenso beso flotando en el mar, ahora sus dedos son rojos y azules, rojos del beso y azules del mar inacabado que ha difuminado con su diminuta mano infantil.

Es delgada como un esbelto junco, con las uñas pintadas de henna, su piel es luminosa, recóndita y ocre como el desierto; su pelo huele a miel amasada con huevo, porque su madre, cuando se lo lava y antes de aclararlo, se lo unta con aquel extraño compuesto que lo dejará brillante y suave.

Toda ella huele a mar y a hierbabuena, porque nació en un pueblo que se asoma al Mediterráneo, un pueblo blanco inmaculado; el aroma marino impregna las piedras y las celosías de las pequeñas casas, las esteras tendidas al sol;... donde no se llega a ver el mar, se adivina con su brisa.

Desde que nació, a Achoura se le llenaron los ojos con el azul intenso de las aguas del mar.

Su cuerpo, su piel, sus huesos...exhalan ese aliento marino.

Achoura mira su dibujo y sonrío, lo encierra en una vieja caja de cartón, en la que guarda lo poco que posee; allí duerme su única muñeca, una pulsera de cuentas de colores, un caramelo sin envoltura, tres o cuatro colores y una foto desgastada en la que apenas se adivinan unos ojos almendrados y oscuros como los suyos.

Camina presurosa hacia la playa, con su tesoro bajo el brazo, ríe encantada y nada más llegar escribe en la arena dos nombres unidos en un corazón, Mohammadi y Achoura, el de su padre y el suyo.

Sus pies descalzos, recorren una y otra vez el dibujo, aprendiendo de memoria los contornos de ese corazón, antes de que llegue una ola y en un avance suave lo borre, como los besos de su padre borran sus enfados.

Sintió una ola acariciarle los pies y la arena cedió bajo ellos, hundiéndose, llegó lamiéndola, despacio, silenciosa, arremolinándose alrededor de sus piernas, casi abrazándolas, y desdibujó levemente los límites de aquel corazón y los nombres inscritos en él; al igual que poco a poco se iba desdibujando la cara de su padre en su memoria, porque su olor...su olor si lo recordaba...olía a mar.

Entonces la oyó bramar y vio acercarse otra ola,...esbelta, ruidosa, alocada, altiva, despiadada, rugía casi voraz, se crecía cada vez más, mostrando su cresta espumosa,... mientras, contaba una historia de naufragios, pájaros de colores, de estrellas ahogadas, de sueños en el fondo del mar...

Achoura no la quiere escuchar, tapa sus oídos, porque las olas son muy traicioneras..., la vio pararse en lo alto, parecía una escultura, no se movía y el tiempo se paró,...de súbito, cobró vida, una vida agonizante, se hundió y su cresta empequeñeció... ya no rugía, solo susurraba y fue a estrellarse contra el muro de sus pies; aquella ola borró los vestigios de lo que fue un corazón en la arena alguna vez.

Hace unos meses, su padre partió mar adentro, le prometió que pronto volvería, que navegaría hasta llegar a aquel lugar donde todo es distinto, donde hay un trabajo para él, que solo desea poder brindarles seguridad y un futuro en el que no faltará qué comer. Donde las muñecas tienen dorados y brillantes rizos, y van vestidas con telas espectaculares. Donde hay agua dulce y no es necesario ir con el asno hasta la fuente para llenar los depósitos de agua, que casi nunca quita del todo la sed porque está algo salada. Donde los sueños a veces se hacen realidad, solo hay que llegar.

Aquella mañana, Achoura lo vio alejarse en un pequeño barco lleno de personas, no quedaba espacio, iban hacinadas. Todas iguales, todos buscando lo mismo, una vida mejor. Todas mirando atrás, donde quedaban sus afectos, su confianza y su vida.

Una mano entre tantas le dijo adiós, una sonrisa solo para ella la hizo llorar, sus lágrimas resbalaron por sus mejillas, cayendo al mar y dejando un

escozor en sus ojos de tal intensidad como el de la sal marina en los arañazos de sus piernas.

Se quedó allí mirando el mar, que estaba inmóvil como ella, hasta que ese barco, en el que se alejaba su padre, fue tan minúsculo que no lo distinguió en el horizonte.

Ya estaba atardeciendo cuando su madre había venido a buscarla, pero aún seguía allí, contemplando la estela que el sol reflejaba en el mar, la cual le indicaba hacía donde iba su padre, y recordó sus palabras:

-Achoura cuando me quieras hablar, ven al mar, él te orientará...al norte, siempre al norte...confía, él me hallará.

Por eso, todas las mañanas, Achoura va a la playa y escucha que tiene que contarle el mar en ese día.

Cuando está en calma, se introduce en sus aguas y estas la acogen, la mecen, entonan rumores de olas cantarinas que la sosiegan; ve volar a las gaviotas y no sabe muy bien si vuelan sobre el mar o sobre el cielo, porque el mar está tan liso, tan quieto, que parecen dos espejos reflejándose mutuamente.

En ese momento, cierra los ojos y flotando, se encuentra de nuevo en las tardes apacibles en las que su familia se reunía a tomar el té, sentados alrededor de aquella pequeña mesa, donde su madre depositaba la tetera e iniciaba el ritual lento y perenne de poner el azúcar, la hierbabuena, las hojas de té verde y luego el proceso de oxigenar la bebida, vertiéndola repetidamente de la tetera al minúsculo vaso y viceversa, hasta que por fin llegaba el momento de saborearlo, acompañado de ese delicioso baklava que su madre hacía con miel, higos, nueces y almendras tostadas.

Su padre recostado sobre los almohadones sonreía y charlaba pausadamente, mientras sorbía el humeante té con menta, ella corría a recostarse a su lado, se acurrucaba y sentía como él le acariciaba el pelo, como la abrazaba y la mecía canturreándole una melodía que la adormecía...

¡Cuánto le gustaba el mar en calma!...ese mar azul e interminable, extendiéndose por el infinito, abrazando el horizonte donde toca los cielos,...

por eso le gustaba...porque casi se sentía de nuevo en los brazos de su padre.

Otros días ese mismo mar le asusta, con su acompasado tumulto de resonancia terremótica, entonces las olas rompen bruscamente en la playa, estrellándose contra la arena en una velocidad vertiginosa,... la alcanzan y la golpean, perdiendo casi el equilibrio...en esos días no quiere escuchar al mar, lo que le cuenta le causa vacío, tristeza, miedo y una frialdad cruel.

El mar cambia de color, del azul intenso al verde oscuro y luego grisáceo; arremete, arrecía empujado por el Chili procedente del desierto y en su embravecimiento le grita que su padre ahora no tiene nombre, que no hay papeles que se lo den, tampoco tiene ilusiones, las perdió en aquel viaje en el que vio morir a otros que como él iban tras un sueño y que ahora solo viven en las profundidades de ese mar que le salpica, como escupiéndole, esas horribles verdades.

Su corazón se encoge, quiere correr, salir de la playa, no ver y menos escuchar al mar, pero las olas crecen, la mojan, casi la aplastan contra la arena; ya no puede divisar la estela que dibuja el sol al atardecer y que la lleva hacia el norte, hacia su padre.

El mar alborotado, revuelto, tremendo en su grandiosidad, sigue gritando que su padre tiene frío, que vive hacinado en medio de ningún sitio con otras muchas personas, que se traga la tristeza y la nostalgia de volver a abrazarlas, mientras pierde su dignidad, que no tiene dinero, que no tiene nada...solo hambre y soledad.

Hoy el mar anda rizado, es cuando más le gusta a Achoura, le recuerda el pelo de su madre cuando suelta su trenza, una marea suave,... hoy el mar está comunicativo, porque la dirección de sus aguas es cambiante, ¿viene del norte o se dirige a él?, ¿acaso se aleja o se acerca?...Achoura lo desconoce pero si sabe que cualquier cosa que le diga se la llevara a su padre, por eso corre hasta la piedra que se adentra en el mar y lanza su caja de cartón, con ese beso dibujado sobre el mar en su interior; al chocar con el agua, la caja inicia una navegación hacia un lugar que ella no puede imaginar.

Gritando le dice al mar:

- Este regalo es para mi baba,... para mi baba...mi papá...¡¡llévaselo!!.

Por la tarde, con su madre, va a la pequeña tienda donde esta el único teléfono del pueblo, donde todas las mujeres esperan una llamada, que les de noticias de esos maridos y padres que se marcharon por el mar, buscando una nueva forma de vida, que acabe con la incertidumbre de no saber qué comerán mañana o cómo comprar ropa para protegerse del invierno; esta tarde tampoco suena el teléfono, pero nada en sus semblantes deja entrever sus sentimientos, solo una aceptación resignada y la esperanza de que mañana se produzca esa comunicación.

A Achoura se le hincha el pecho al hablar de su padre, su héroe, que se fue sin nada y volverá con tanto, solo por ellas, lo sabe porque en su beso de despedida le hizo muchas promesas, unos zapatos nuevos para ir a la escuela, un cuento con bellos dibujos, un techo para su casa sin goteras, un kaftan con bordados dorados y unas monedas para comprar lápices de colores con los que dibujar.

Ahora la niña no necesita nada de eso, su corazón, su mente, su cuerpo, solo quiere sus brazos para que le acunen con calor y su voz para que la arrulle dulcemente, pero cuando intenta recordarlo, lo siente muy lejano, solo alcanza a recordar la sensación que le produce su cuerpecillo flotando en el mar en calma y el rumor de las suaves olas que la tranquilizan.

La pequeña Achoura, lleva su pelo recogido en una trenza, mientras en su pueblo juega con otros niños sin padre, todos dicen en voz alta el nombre del suyo, cada uno suena por encima del otro, como en una especie de acto mágico, de invocación, para traerlos de vuelta.

Achoura calla y solo cuando llega a la playa grita lo más fuerte que puede, casi sin respiración :

- Mohammadi, Mohammadi, Mohammadi El Ouarini.

Su grito suena mas fuerte que el oleaje, que insistente le dice que su padre está perdido, no puede ir ni volver, está en medio de la nada porque es un indocumentado venido de África.